

## La literatura mundial como provocación de los estudios literarios

por Marcelo Topuzian (UBA - CONICET)<sup>1</sup>

Dos son, principalmente, las vías que hoy se abren para quien se dedique a pensar las condiciones teóricas, metodológicas e incluso epistemológicas de un posible estudio mundial, global, trans- o posnacional de la literatura. En primer lugar, todo parece orientarse a la legitimación teórica de una serie de transformaciones institucionales de hecho –inminentes, si no ya realizadas– de los marcos académicos para el estudio de la literatura, vinculadas con la disminución del número de espacios disciplinares específicos dedicados a ella, y consecuencia de las políticas de racionalización de las humanidades universitarias. La literatura mundial se convierte, por esta vía, en oportuno marco conceptual de una revisión de las segmentaciones institucionales todavía vigentes de los estudios literarios a partir de su ‘desespecificación’, tanto espacial o geográfica como temporal o epocal, pero también teórica y epistemológica. La compartimentación basada en la lengua parece gozar de mejor salud, aunque la reflexión sobre ella como material privilegiado de la literatura, más o menos constitutiva de la tarea de los estudios literarios durante el siglo XX, tienda a ceder hoy su lugar a otras motivaciones de carácter pedagógico, como las ligadas con el desarrollo de competencias verbales y culturales avanzadas en alguna lengua determinada.

Pero, por otro lado, también es posible aprovechar la –a veces, es cierto, bastante módica– conmoción que supone esta ‘mundialización’ para un conjunto de prácticas y aparatos conceptuales –como el de los estudios literarios contemporáneos– poco inclinado a correr riesgos en un contexto de crisis generalizada de las humanidades como el aquí presentado, con el objeto de cuestionar algunos lugares comunes en la formación actual de los

---

<sup>1</sup> Doctor en Letras de la Universidad de Buenos Aires. Investigador de CONICET y profesor Asociado de la cátedra de Literatura Española III de la misma Universidad. Allí también enseñó teoría literaria. Recientemente publicó *Sujeto, autor y escritor en el eclipse de la teoría*, las apostillas a *¿Puede hablar el subalterno?* de Gayatri Chakravorty Spivak y un trabajo sobre los best-sellers de Arturo Pérez-Reverte en la publicación colectiva *Dialectos de la memoria*.

investigadores literarios. Sin embargo, si bien nos encontramos a las puertas de cambios disciplinares importantes, su motivación no parece provenir de un despliegue inmanente de las contradicciones internas de los estudios literarios tal como hoy se practican –digamos, de los *impasses* en que los dejó, a fines de la década del 80 del siglo pasado, el eclipse de la teoría (TOPUZIAN, 2010)–, sino de la lógica de la cada vez más completa incorporación de los estudios superiores al mercado del trabajo ‘inmaterial’ (LAZZARATO, 1996; NEGRI Y HARDT, 2000: 289-294). Por esto, quizás sea más saludable no dejarse llevar por conclusiones aceleradas sobre la naturaleza por venir de la práctica de la investigación y la docencia en literatura, sino más bien apuntar, con un ánimo especulativo más etéreo o lúdico, a simplemente habilitar una desnaturalización, de otro modo cada vez menos habitual, de las presuposiciones comunes en el trabajo actual de investigadores y docentes, especialmente en relación con el paradigma de investigación todavía dominante, que es el de lo que denominamos ‘historiografía de las literaturas nacionales’.

### **Más allá de la cultura nacional**

Los historiadores se han encargado de hacer la genealogía de los relatos progresivos de las nacionalidades modernas y han explorado la lógica económica, social y cultural de la distribución a escala internacional de centros y periferias territoriales (FERNÁNDEZ BRAVO, 2000; HOBBSAWM, 1983; ANDERSON, 1993; WALLERSTEIN, 1979). Más recientemente, varios autores, desde la antropología (APPADURAI, 2001; HANNERZ, 1996), la sociología (HELD, 2012), la filosofía (Nancy, 2003; APPIAH, 2007) y la teoría política (HABERMAS, 2000; BENHABIB, 2006) han puesto fecha de caducidad, más o menos cercana según los casos, al estado-nación, para iluminar los aspectos globales, mundiales o transnacionales de la cultura contemporánea. La teoría poscolonial cumplió también, sin dudas, en los años 80 y 90, un papel importante, más específico, en la relativización de la exclusividad nacional de la enseñanza y la investigación occidentales en literatura (BHABHA, 1994; CHAKRAVORTY SPIVAK, 1988, 1999, 2011; SAID, 1979, 1996, 2004). Por esto mismo fue objeto de críticas de defensores de la vigencia de los enfoques

nacionales (SAN JUAN, 1999), y también por lo que se percibió como una deficiente atención a la categoría de clase (AHMAD, 1992).

El desarrollo, en los siglos XIX y XX, de estados nacionales capaces de intervenir como tales en la reproducción social de los individuos (en la familia, en la salud pública, en la educación y en el orden general de la vida civil) es lo que termina de definir a la población como ciudadana de una nación. Hay un aparato, más o menos estatal o paraestatal, de prácticas cotidianas que se orientan a la nacionalización de los individuos, ligado fundamentalmente con la educación formal. La nacionalización se reveló, en el contexto de la constitución de los estados burgueses, como mejor organizadora de los procesos primarios –en términos de amor, odio y estructuración básica del psiquismo, es decir, de las autorrepresentaciones, de las imágenes del yo– que la idea abstracta de ciudadanía. Este verdadero suplemento de la formalidad supuesta por la institución política del Estado se terminó mostrando como constitutivo. Una particular excepción subyace, así, el sistema simbólico de la organización política del Estado liberal moderno de derecho. Étienne Balibar (1997: 129-130) destaca, en este sentido, la afinidad del sentimiento nacional con el religioso, al que en cierta forma sustituye como modo de condensación e identificación social. Esto hace que, para Benedict Anderson (1993: 23) sea más pertinente estudiar el nacionalismo de manera antropológica que como una ideología política más. El modo en que la idea de nación nos interpela como individuos es tan crucial que se ‘inmiscuye’ en la constitución misma de nuestra subjetividad, es decir, en algo que incluso se sustrae a la posibilidad de elaboración simbólica ulterior. Es un asunto de goce que pretende colmar el vacío y la alienación que implica todo proceso de subjetivación. El papel que la literatura cumplió en relación con estos procesos históricos, sobre todo la alta literatura europea del siglo XIX, ha sido bien estudiado por los teóricos de lo poscolonial, y no se deja resumir con facilidad en torno de la cuestión de las identidades culturales.

El concepto que, desde el sentido común cultural, se presenta hoy como salida obligada cuando se cuestiona el enfoque nacional o nacionalista sobre determinado fenómeno, sea cual fuere, es el de ‘globalización’. Es un concepto de naturaleza inicialmente económica y comercial, vinculado con la

desterritorialización generalizada del capital gracias a su completa financiarización, surgida del quiebre de la distinción tradicional entre países productores de materias primas y países productores de manufacturas, y la dispersión a escala mundial de las etapas de la manufactura misma, que ha dado en la autonomización, mercados bursátiles globales y fondos de inversión mediante, de la circulación del capital respecto de la economía productiva, sobre todo de carácter industrial, completamente sometida hoy a los vaivenes de las bolsas de las grandes capitales económicas del mundo. Sin embargo, el concepto de globalización tiende casi inmediatamente a pensarse también a partir de las que pasan por ser sus consecuencias culturales, aunque, centralmente, y de manera evidentemente reductora, a partir del carácter internacionalmente hegemónico de la industria cultural de masas anglosajona.

Sin embargo, ya en 1996 Ulf Hannerz planteaba el problema de si se podía hablar de un espacio antropológico de formación de los individuos, de subjetivación, como el que, como vimos, monopolizan aún los estados nacionales, que pudiera considerarse efectivamente transnacional; de si los modos de vida cada vez un poco más generalizadamente transnacionales que (sobre)lleva una parte creciente de la población mundial alcanzan ya a constituir un sistema de construcción transnacional de la subjetividad. ¿Cuáles serían las instituciones, las formas simbólicas, las prácticas materiales, las configuraciones históricas, en general, de esa educación transnacional que debería estar funcionando ya también, digamos, a nivel 'pulsional'? Hannerz, como Arjun Appadurai (2001), se remite, para empezar a responder esta pregunta, fundamentalmente a las migraciones, a los medios de transporte, a los de comunicación, es decir, a la multiplicación de las interacciones culturales (no necesariamente a escala global, pero sí seguro, más modestamente, transnacional): las distinciones espaciales y experienciales de lo distante y lo próximo, o de lo global y lo local como categorías, han sido puestas en crisis. Cada vez puede pensarse menos la cultura –como en la antropología clásica– a partir de las conformaciones materiales de vínculos directos en el marco de comunidades más o menos limitadas en sus alcances espaciales y vivenciales. Aunque, en realidad, habría que decir que ese tipo de

vínculos materiales directos, comunitarios, que siempre fueron el objeto más claro de la antropología, ahora pueden tener igualmente lugar aun mediando enormes distancias geográficas. Sin embargo, estas modificaciones tienen importantes consecuencias teóricas, relativas a la creciente inviabilidad en la investigación de las operaciones categoriales homogeneizantes para el análisis de los fenómenos culturales, sobre todo de la idea de la inconmensurabilidad cultural, presupuesto relativista muy ligado al cortocircuito de lo universal y lo particular que siempre supone la idea de nación (BALIBAR Y WALLERSTEIN, 1997: 12-18). Y esto implica cuestionar también los modos dominantes de entender la diferencia cultural, como competencia 'en pie de igualdad' por la legitimación: hay un modo homogeneizante (identitario, multiculturalista) de pensar la diferencia, que la asimila o neutraliza. El paradigma de la historiografía de las literaturas nacionales es completamente solidario con estos modos identitarios de concebir la cultura.

Hay que tener especialmente en cuenta que el punto de partida mismo de las argumentaciones de Hannerz, Appadurai y también de Kwame Anthony Appiah (2007) es el cuestionamiento de la ecuación que hace de la actual relativización del papel de las culturas nacionales o locales en la constitución de las identidades un equivalente de la tendencia a la completa homogeneización cultural del planeta. Su interrogación de las nociones dominantes de cultura apunta a visibilizar formas de mestizaje generadas por las inserciones locales, sobre todo periféricas, de los productos del mercado comunicacional global. El objetivo es destacar las formas en que la generalización impuesta por la difusión de la modernidad y el capitalismo se asienta siempre en apropiaciones locales híbridas, sobre todo en el nivel de las formas de vida más inmediatas y concretas. La modernidad transnacional no se reduciría entonces a un mero barniz artificial y forzado que solo se sobreimprimiría violentamente sobre las culturas locales, aunque sea necesario tener también en cuenta los conflictos implicados por una mezcla que tampoco puede ser pensada como natural o espontánea.

Appiah, Hannerz y Appadurai disienten en un punto importante: los primeros dos son escépticos a propósito de que desde el medio incipiente de las formas de vida transnacionales puedan surgir en breve sustitutos con la

fuerza y el predicamento de la idea de nación para constituir agrupaciones o estructuras organizacionales y comunitarias realmente alternativas. La nación se vuelve más y más cuestionable, pero no parece haber ningún modo de organización inter- o transnacional que la sustituya en todas, o al menos algunas, de sus funciones. Appadurai, por su parte, sostiene que los medios electrónicos de comunicación, particularmente los que funcionan en red, son ya capaces de crear toda una nueva cultura a escala global, pero ya no según la versión apocalíptica de la dominación, si se enfatiza todo lo que hay de reapropiación a nivel local de los materiales mediáticos globales. La idea fundante de Appadurai, luego muchas veces retomada y aplicada por otros autores, es que los medios producen nuevas formas de subjetividad colectiva que ya no son ni pueden ser simplemente las de las identidades nacionales, y que esa formación de subjetividad cumple una función modernizadora, en el sentido de que constituye 'esferas públicas', entendidas en el sentido habermasiano, pero "en diáspora", o sea, intercambios comunicativos globales que van más allá de los límites del estado nacional. La imaginación diaspórica ofrecida por los medios es capaz de introducirse en los proyectos de vida de toda una humanidad migrante, y a la vez de potenciar intervenciones renovadas en las esferas públicas a escala global.

La categoría mediadora fundamental es, según Appadurai, la de la imaginación como práctica social. Sostiene que la imaginación ya no puede considerarse fantasía engañosa que oculta una operatoria real, o escapismo ideológico, o producto del ocio de elite, sino que es un conjunto de prácticas efectivas, organizadas y transformadoras, que sientan los criterios que matizan los movimientos y recorridos colectivos. La imaginación es un hecho social en sí mismo, no solo una representación (2001: 23-27).

Poder pensar, como hacen estos autores, lo transnacional a partir de formas de vida, y no solamente de la globalización comercial y financiera, del funcionamiento de organismos internacionales cada vez más amenazados en su legitimidad y credibilidad, como las Naciones Unidas, la Corte Penal o el Fondo Monetario Internacionales, o del cine de Hollywood con su poder de penetración cultural, es ya sin dudas un avance importante. De todos modos, habría que evitar conferirles a estas formas de vida un carácter autónomo,

primigenio o identitario: todas ellas están cruzadas por diversos factores políticos, económicos, sociales, institucionales, etc. Son aquí pertinentes en tanto disparan la necesidad de interrogar las herramientas teóricas con las que seguimos interpretando la cultura. La literatura, precisamente, sobre todo la novela, está hecha más a menudo de la imaginación de formas de vida alternativas precisamente en este nivel 'antropológico', que de la simple confirmación identitaria nacional, de la incorporación de los elementos homogeneizadores de la cultura de masas o de la encarnación de los valores que forman el cuerpo de principios fundantes de los organismos internacionales mencionados. Por lo tanto, una noción como la de imaginación social de Appadurai puede habilitar a los críticos e investigadores a reconocer, en este sentido, sitios alternativos, respecto de los que ya conocemos, de intervención global de lo literario. La literatura imagina formas de vida como relaciones entre elementos de otro modo considerados distantes, y de este modo elabora las fracturas de las configuraciones identitarias. ¿Cuán sensible es el instrumental actual del investigador y del crítico a este carácter constitutivamente relacional de lo literario?

### **Fenómenos literarios transnacionales**

¿Qué implicaciones reales han tenido todas estas reflexiones sobre la investigación en literatura? La postulación de una literatura post- o transnacional supone ya, como punto de partida, un cuestionamiento del modelo mismo de la historiografía de las literaturas nacionales. Este paradigma supuso el trazado de criterios y límites precisos y determinados, de carácter geográfico, lingüístico e histórico, para el estudio de la literatura. Consistió en la agrupación de las literaturas por su lengua, su origen territorial y su ubicación en una periodización basada en las diversas etapas de la conformación, desigual, pero también "modular" (ANDERSON, 1993: 21), de los estados-nación modernos. Esta agrupación sentó incluso las bases de cualquier intento de elaborar conexiones alternativas, como es evidente en la historia de las literaturas comparadas.

Este verdadero modelo epistemológico ha recibido fuertes críticas durante los últimos años. Se ha cuestionado la carencia de profundidad

histórica, más allá de doscientos o trescientos años, de las fronteras nacionales de las que depende la compartimentación disciplinar que supone; su exclusión de fenómenos literarios reacios a ser circunscriptos a una nacionalidad, particularmente a una lengua nacional única y homogénea (APPEL Y MUYSKEN, 1996; MEDINA LÓPEZ, 1997; SIGUÁN, 2001); la centralidad, en consecuencia, del lenguaje como medio por excelencia en su concepción de la literatura, excluyente respecto de otros de sus aspectos y de sus relaciones con otros lenguajes y medios (CARTMELL Y WHELEHAN, 1999, 2007); lo limitado, lineal y uniformizante de sus periodizaciones, cronologías y clasificaciones; y, concretamente, su desvalorización programática de todo lo fronterizo, lo híbrido y lo desplazado en literatura (en términos geográficos, étnicos, sociales, pero también genéricos e intermediales) (BHABHA, 1994; GARCÍA CANCLINI, 2001).

A partir de estas críticas, se empieza a plantear preguntas como las siguientes: ¿qué aspecto, alcances y formas tendrían unos estudios literarios capaces de desarrollarse en espacios plurilingües y plurinacionales (CABO ASEGUINOLAZA, 2010); de hacer justicia a los usos 'no metropolitanos' de una lengua dominante (DE SWAAN, 2001; DEL VALLE Y GABRIEL-STHEEMAN, 2004); de repensar la especificidad de lo literario ya no como un uso, más o menos intensivo, atípico o anómalo, pero siempre de una lengua nacionalmente definida, sino como un modo singular de imaginar (LINK, 2009)? ¿Qué conceptos y categorías deberían ser capaces de inventar investigadores literarios interesados en, por ejemplo, comparar históricamente acontecimientos literarios pertenecientes a épocas distintas por fuera de los modelos evolucionistas del desarrollo de las culturas nacionales?

El modelo de la historiografía de las literaturas nacionales ha arraigado en un conjunto de hábitos y prácticas de lectura que hace que sea difícil imaginar y legitimar otros métodos, criterios y operaciones para encarar las tareas de los estudios literarios. Y esos hábitos y prácticas tienen consecuencias en aspectos del estudio de la literatura que no solemos considerar vinculados específicamente con la historiografía o con lo nacional o nacionalista en literatura. La tradición nacional funciona como un contexto o marco primario naturalizado, pero tanto para la literatura nacional o



popularmente orientada, como para la de tono más cosmopolita, internacionalista y autonomista, más allá de cualquier reivindicación identitaria puntual. La idea de que una literatura puede sustraerse al provincianismo de los marcos nacionales para pasar a jugar en el campo de lo que Pascale Casanova (2001) llamó la 'república mundial de las letras', a través de una reivindicación de su autonomía respecto de las circunstancias políticas y sociales más inmediatas (es decir, las nacionales), es absolutamente solidaria con el sistema general de la competencia de las literaturas nacionales entre sí que conforma el modelo de la historiografía de las literaturas nacionales y comparadas, que por supuesto no puede reducirse a la representación de una identidad nacional. La idea de una literatura nacional no solo da lugar a una literatura encolumnada temática o programáticamente en el proyecto de constitución de una cultura y un estado nacionales, o en el del nacionalismo, sino que en tanto sistema también propicia lo que podríamos llamar su excepción constitutiva, la literatura de la estética de la autonomía, perfectamente coincidente en las periodizaciones de su surgimiento y hegemonía con las de la constitución de las diversas literaturas nacionales europeas, a partir de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, como resultado de las diversas operaciones literarias que tienden a ser agrupadas bajo el nombre de 'romanticismo'.

La lengua fue la candidata principal a ocupar el lugar pretendidamente esencial de la identidad nacional en el ámbito de la literatura. Probablemente sirvió a este propósito que se la concibiera como la simple manifestación de una constante antropológica, encarnación y a la vez trascendencia respecto de los procesos y circunstancias históricos, sociales y políticos de la constitución de su predicamento. Históricamente conformadas de manera bien evidentemente contingente, las lenguas nacionales tienen algo de insalvable: no se puede elegir la lengua materna, y por eso está intrínsecamente ligada con la constitución misma de la subjetividad, aunque a la vez su adquisición concreta y efectiva sea completamente contingente. La trama eminentemente política que ha hecho inevitablemente de la lengua una lengua nacional se ha desarrollado también, y sobre todo, en lo más hondo de las autorrepresentaciones imaginarias personales (DERRIDA, 1997). Se puede

trazar un equivalente en su funcionamiento con la idea de nación en sus configuraciones más evidentemente fetichistas, según la lógica habitual del 'lo sé, pero sin embargo...': puedo entender que se trata de una construcción histórica, y que solo adquiriré mi lengua y mi nacionalidad por razones completamente contingentes, pero aun así se juega en ellas algo que me concierne en mi identidad personal misma, etc.

Puntualmente, las fantasías de lo nacional –incluso de lo imperial–, por parte de sus autodenominados 'representantes' institucionales y académicos peninsulares actuales, siguen asociadas con la circulación y expansión de la lengua española. Una idea normativa específica y contingente de la lengua (razón de ser misma de la Real Academia Española) se sigue concibiendo como factor de unidad y homogeneización que reduce y reprime toda una serie de fenómenos lingüísticos transnacionales, tanto los bilingüismos peninsulares como las variaciones latinoamericanas y el *spanGLISH*, bajo la pretensión castellana de comandar esa unidad (DEL VALLE Y GABRIEL-STHEEMAN, 2004).

Como sabemos, la idea de que la colonia comparte algo, fundamentalmente una lengua, con la metrópoli europea, de que puede postularse una simultaneidad de acciones entre ambas en una temporalidad unificada propiciada, en su registro subjetivo, por la prensa periódica y por la novela, de circulación ampliada precisamente por el hecho de compartir una lengua, tuvo un papel importante en el germen de la constitución de los nacionalismos coloniales e independentistas criollos, que así pudieron simplemente 'trasladar' la metrópoli al propio territorio de la unidad administrativa colonial. Las condiciones de posibilidad imaginarias, propiciadas por la lengua común, de la formación de la idea de nación tuvieron evidentes consecuencias políticas (ANDERSON, 1993: 77-101).

La cada vez más creciente importancia de los medios de comunicación audiovisual ha atentado en parte contra la dominancia de la lengua en la constitución de las identidades comunitarias imaginadas. En lo audiovisual de los medios se juegan otros modos de interconexión que esquivan las instancias de la reproducción técnica de la escritura y de la puesta en práctica de la comprensión lectora, y que relativizan la preponderancia de las

comunidades lingüísticas nacionales e internacionales. Sin embargo, también es pertinente prestar atención a los usos instrumentales globalizados de las lenguas nacionales propiciados por los medios electrónicos, como los que describen del Valle y Gabriel-Stheeman para el español. La unidad lingüística pregonada por las instituciones lingüísticas internacionales, plenamente integradas hoy con el mundo corporativo, como la Real Academia o el Instituto Cervantes, puede ser un modo ideológico de privilegiar las inversiones españolas (sobre todo las de carácter comunicacional: telefonía, televisión, editorial, prensa) en Latinoamérica. El 'encuentro' comunicativo propiciado por la lengua común se presenta como análogo a la comunidad de intereses económicos, enmascarando las obvias relaciones internacionales de dominio y el neoimperialismo comercial y financiero. Además, la lengua se comercializa efectivamente, se convierte en un activo comercial negociable, sobre todo a través de los diplomas y la enseñanza, que aspira a competir con el inglés como lengua global de mercado y, por esto, tiende a presentarse como intrínsecamente modernizadora. Sin embargo, es necesario interrogarse sobre la naturaleza de esta modernización y sus consecuencias para la investigación literaria, especialmente en Latinoamérica.

Pierre Bourdieu (1995) nos acostumbró a pensar la literatura según la lógica del campo y del capital simbólico. Según su discípula Pascale Casanova, como veremos más adelante, no hay verdadero salto teórico-metodológico, concretamente a propósito de estas categorías, entre el estudio de un campo nacional y el de uno internacional. Sin embargo, consideramos lícito preguntarse si la lógica del campo sigue sirviendo para pensar el funcionamiento actual de una literatura que se mueve en los límites o fronteras de las literaturas nacionales. Dominique Maingueneau (2006) sostiene que la lógica del campo fue sustituida por la del archivo: se pasa de la competencia entre posicionamientos en un sistema relativamente cerrado y autoconsistente, hecho de tensiones opositivas y negativas, a la acumulación de materiales variados capa sobre capa, sin tensión, como conjunto de referencias generalizadas, abiertas y cada vez más desconocedoras de cualquier jerarquía posicional, en una biblioteca virtual. Esta noción de archivo se muestra más afín al conjunto ampliado de interrelaciones y conexiones de las

que parece estar hecha la literatura hoy, mientras que en la de campo literario todavía se deja percibir, a pesar de la internacionalización de su uso y la ampliación de su alcance, la familiaridad del espacio literario nacional, si bien abstraída y sublimizada como configuración estructural.

¿Existen ya una literatura y, sobre todo, unos estudios literarios posnacionales que alumbren figuras ajenas o resistentes respecto del modelo dialéctico que opone, característicamente, lo nacional y lo cosmopolita? ¿Se ha puesto la investigación literaria a la altura de fenómenos como los recién reseñados? Es todavía muy difícil prescindir completamente de la idea de que una determinada producción literaria juega o bien según la lógica del campo de una literatura nacional, o bien según la del campo literario internacional. El historicismo hoy dominante en los estudios literarios sigue dependiendo de presuposiciones como esta. Es un historicismo restringido, dado que difícilmente historiza sus propios presupuestos constitutivos. Sin embargo, saludables intentos de reforma y reconceptualización de los estudios literarios en clave transnacional han tenido lugar recientemente, dando lugar a interesantes elaboraciones teóricas y metodológicas. Desde los llamados a una revitalización de la tradición filológica del comparatismo (GUILLÉN, 1995, 2005; SAUSSY, 2006), o bien a su reinserción crítica, erudita y especializada en el campo ampliado de la investigación en ciencias sociales (CHAKRAVORTY SPIVAK, 2009), la actualización posnacional del canon hispánico y la postulación de una renovada temática transnacional en la literatura (CASTANY PRADO, 2007), al análisis de la internacionalidad de las literaturas nacionales y de la comunicación entre sistemas literarios (DAMROSCH, 2003; SCHÖNING, 2006), al ya mencionado estudio sociológico de las relaciones literarias internacionales (CASANOVA, 2001), e incluso a la apelación a herramientas metodológicas cuantitativas y estadísticas tomadas de las ciencias sociales y hasta de la biología para terminar de desplazar la metafísica estética de la obra aislada y de la lectura intensiva o *close reading* (MORETTI, 2000, 2003, 2007), los estudios literarios, en un contexto de crisis creciente de las humanidades en las instituciones académicas, han intentado sentar bases alternativas para una historia literaria menos sujeta a los viejos moldes nacionales. Se trata sin duda de innovaciones tentativas, parciales y

exploratorias en la mayor parte de los casos, cruzadas a menudo con rémoras metodológicas y conceptuales, como la utilización del modelo de 'autor+obra' para organizar el corpus (GUILLÉN, CASTANY PRADO); el uso de esquemas comunicacionales limitados para pensar la interculturalidad (SCHÖNING); la centralidad y preferencia concedida, en sentido amplio, al canon modernista occidental en la configuración de un espacio literario internacional, única salvaguarda posible de la lógica específica del campo en un contexto de apropiación mercadotécnica contemporánea de la idea de 'alta literatura' (CASANOVA, COLLINS, 2010); o la apelación, como colaboradores, a investigadores especializados en las distintas literaturas nacionales cuyos presupuestos difícilmente alcance a interrogar críticamente el estudioso generalista y sintetizador (MORETTI, CHAKRAVORTY SPIVAK, 2009). Sin embargo, al menos el simple señalamiento por parte de estos autores de la dificultad de enmarcar algunos fenómenos actuales cruciales en los enfoques dominantes a lo largo del siglo XX de la labor de los estudios literarios alcanza para destacar la necesidad de aportes originales al planteamiento de esta problemática.

### **La tradición del comparatismo**

Benedict Anderson describió tempranamente el papel fundamental que la literatura en lenguas vernáculas, sobre todo la novela, tuvo en la constitución de las culturas nacionales modernas. No solo respecto de las tradiciones culturales específicas del nacionalismo, sino sobre todo a través de la postulación de una comunidad y un espacio compartidos (no solo lingüísticos, sino también experienciales). Correlativamente, este rol de lo literario en la constitución de la nación implicó el diseño de todo un paradigma para la investigación literaria que es el que denominamos 'historiografía de las literaturas nacionales'. ¿De qué cuerpos conceptuales y aparatos metodológicos disponemos para pensar alternativas teóricas a ese modelo mejor pertrechadas para tratar con la configuraciones contemporáneas de lo literario?

La tradición que más inmediatamente se ofrece a brindar una respuesta a esta pregunta es la de las literaturas comparadas, de genealogía paralela a la de la filología de las lenguas nacionales europeas, dado que los principios

fundantes de la romanística se elaboraron en la Alemania de las primeras décadas del siglo XIX. El punto de partida del comparatismo estuvo ligado necesariamente a dos dialécticas: una entre la parte y el todo, ya que la totalidad de la literatura universal parece como tal, inabarcable y, por lo tanto, la investigación comparatista debe suponer un compromiso entre una pretensión totalizante y un conocimiento que, al menos en su punto de partida, solo puede ser local; y otra dialéctica entre la continuidad y el cambio para pensar la historia literaria. Concretamente, en la historia efectiva del comparatismo, esta dialéctica se manifestó en su tendencia a presuponer la labor de la historiografía de cada literatura nacional, dotada de su periodización y su metodología, incluso aunque luego aspirara a su disolución o, al menos, al reconocimiento de la precariedad de su compartimentación. Queda claro, en una muestra ejemplar del trabajo del comparatismo: el análisis del exilio que lleva a cabo Claudio Guillén en su artículo “Lo uno con lo diverso. Literatura y complejidad” (1995), que aquél no interrumpe o cuestiona los distintos cánones nacionales; por el contrario, toma los grandes nombres y los clásicos disponibles de cada literatura y solo luego los compara, entendiendo por supuesto esta actividad en su acepción más abarcadora. Cabría esperar, sin embargo, que un comparatismo realmente radical lleve a cabo por lo menos algún tipo de ‘reacomodamiento’ de los diversos cánones nacionales, puesto que si realmente supusiera un verdadero cambio de enfoque y de campo de investigación no debería dejar intacto –aunque tampoco, quizás, es cierto, impugnar de plano– lo que se edificó desde la perspectiva de una historiografía exclusivamente nacional.

El surgimiento de la romanística, precursora del comparatismo moderno, en el marco histórico más amplio de la fundación de las filologías de las lenguas romances, se vio posibilitado por la habilitación ideológica de la reducción de las lenguas a su estatuto ‘léxico-gramatical’. Aun cuando la tradición comparatista haya reducido las distintas culturas nacionales al ‘espíritu’ de sus lenguas dominantes, de todos modos resulta claro que no es en medida alguna ajena a los procesos históricos de construcción de los estados nacionales modernos. De todos modos, también es cierto que este temprano interés en la conformación específicamente lingüística de las

culturas nacionales europeas permitió también comenzar a prestar atención a la cuestión de la traducción, herramienta conceptual fundamental para mostrar lo limitado de cualquier sistema literario que se pretenda exclusivamente nacional, dado el modo en que inevitablemente está cruzado por la publicación de textos traducidos y por la circulación de textos extranjeros en otras lenguas.

Desde lo disciplinar, Claudio Guillén reivindica lo que hoy, frente a la creciente especialización en el ámbito de las Humanidades, y sobre todo en el de las Letras, se presenta como el carácter originariamente interdisciplinario de la filología, por el cruce que siempre supuso entre historia, crítica y teoría. Sin embargo, los límites de la interdisciplina comparatística aparecen cuando Guillén propone su análisis ejemplar de la figura del exilio. En primer lugar, se reduce al rastreo de continuidades de carácter temático, muy en la línea, por ejemplo, del análisis de la cultura medieval a través de sus *topoi* que propuso Ernst Robert Curtius en *Literatura europea y Edad Media latina*, de 1948. El comparatismo parece así exigir constitutivamente la elaboración de cadenas genealógicas tópicas de figuras que manifiesten algún tipo de continuidad a través del cambio histórico. Este presupuesto teórico y metodológico es consecuencia natural del carácter profundamente humanista, en el sentido más clásico del término, que la disciplina del comparatismo arrastra desde el siglo XIX, dado que lo que busca en la literatura es la condensación de una experiencia humana fundamental, capaz de evidenciarse como resultado, precisamente, de la comparación. O sea que, a pesar de la densidad histórica que le proporciona el *modus operandi* de la filología, los objetos de la comparatística clásica no son sino los invariantes por debajo o por detrás de los cambios y las variaciones históricas y geográficas, que en última instancia serían meramente superficiales: la permanencia incluso en el cambio más marcado, lo único en lo diverso.

Y, por otra parte, en ningún momento el comparatista clásico, del que Guillén es sin dudas un notable exponente, cuestiona los presupuestos de lectura de la estética de la autonomía; por el contrario, pareja con su respeto por los cánones nacionales es la utilización del modelo tradicional del análisis conjunto del autor y su obra, aun cuando pretenda sustraerse al biografismo. Está claro que aparecen relaciones alternativas respecto de las usuales en la

historia y crítica de las literaturas nacionales, pero los términos entre los que se tienden esas relaciones son siempre los mismos, aunque se las entrecruce y teja.

Franco Moretti basará su perspectiva de análisis de la literatura mundial, que analizaremos más adelante, en una crítica radical y destructiva de la tradición del comparatismo. Según él, la literatura comparada no va mucho más allá, en alcance y campo, de la romanística alemana, o sea, de los estudios sobre, fundamentalmente, la literatura francesa de un conjunto de investigadores de ese origen entre los siglos XIX y mediados del XX. Además de esta limitación geográfica, la literatura comparada se ve sujeta a críticas desplegadas por dos vías centrales: por un lado, Moretti denuncia la comprensión meramente sumatoria, y no verdaderamente sintética, que la literatura comparada tiene de las literaturas nacionales; por otro, la acusa de ser excesivamente modesta y aislada en sus pretensiones teóricas: apenas ha alcanzado a constituirse como una disciplina más a la par de los estudios literarios nacionales, y no como la modalidad de investigación superadora que debería ser (2000: 65).

Enfrentada a estos problemas, Gayatri Chakravorty Spivak esboza en sus lecciones de *Muerte de una disciplina* una respuesta alternativa. A partir de su estudio del impacto que el multiculturalismo, los estudios culturales y la teoría poscolonial (y, conjuntamente, el acceso de los estudios literarios estadounidenses, políticas universitarias internacionalmente inclusivas mediante, a *corpora* literarios no occidentales) han tenido sobre las literaturas comparadas, Spivak concluye que la herencia principal del comparatismo es doble: el impulso generalizador, la voluntad de ir más allá de lo local o lo nacional en el estudio de la literatura, unido a “la habilidad de leer minuciosamente [*reading closely*] el original” (SPIVAK, 2009: 14, 16), es decir, el manejo específicamente erudito y atento a los aspectos ‘figurales’, retóricos, de la literatura en lengua extranjera. De otro modo, se denegaría la literaturidad –que Spivak ata, a partir de la lección de su maestro Paul de Man, a la indecidibilidad de la constitución retórica efectiva de los textos– a las literaturas periféricas, para propiciar un tipo de lectura aparentemente politizada que en realidad es solo una sobreimpresión del imaginario político



de *campus* universitario estadounidense –habitualmente alguna variante del modelo eurocéntrico de la modernización como proceso lineal de constitución del estado nacional– sobre lo que se tiende a percibir como la ‘materialidad’ de sociedades ‘orgánicas’ o ‘tradicionales’, lectura que además convierte el texto subalterno en mero vehículo de información o caracterización descriptiva de su espacio de origen, para que el intelectual universitario pueda luego arrogarse el derecho de tomar posición sobre lo que allí sucede como simple resultado de sus operaciones de lectura.

Edward Said había basado su propia reivindicación de la labor filológica del comparatismo en razones similares, aunque con énfasis diferenciales. La lectura ‘politizada’ de las literaturas periféricas se basa en la presuposición de que leerlas bajo los protocolos de autonomía estética habitualmente exigidos a las literaturas europeas centrales es improcedente. Si bien es cierto que Said afirma que no se puede dar por sentado el estatuto institucional de lo literario en la sociedades ‘periféricas’, haciéndolo simplemente invisible por equivalente al de las distintas instituciones literarias europeas, también reclama, como Spivak, una ampliación similar de las competencias lingüísticas y retóricas entre los comparatistas (SAID, 1996: 487).

El enemigo claro de Spivak parece ser la injerencia cada vez más marcada del mercado en la organización disciplinar y departamental de la universidad estadounidense. Desde este lugar critica la noción de literatura mundial en su reactualización académica reciente, por la estandarización y el recorte de lo literario que supone. Pero también rechaza la solo aparentemente contraria politización etnocéntrica ‘de *campus*’ característica de algunas variantes de los estudios culturales, cuya perspectiva describe como narcicista, monolingüe anglófona y exclusivamente centrada en las circunstancias del presente. Spivak se suma así a las denuncias de Said contra el teorismo de los intelectuales académicos estadounidenses (que este cataloga como nuevo avatar de la estética de la autonomía), sobre todo en relación con el poco apego a la investigación histórica y social interdisciplinaria efectiva que supone, resultado de la inmediata departamentalización compartimentada del saber en las universidades de EEUU, que redundo a menudo en su aceptación más o menos incondicional

de las versiones sobre la política internacional de los medios de comunicación masiva hegemónicos (1996: 493-494).

La propuesta de Spivak asume desde el principio el sustrato básico de carácter nacional operante entre los presupuestos teóricos del comparatismo, para cuestionar su labor. Pretender llevar a cabo una investigación literaria de carácter comparatista exclusivamente desde un determinado espacio nacional y lingüístico no consiste en otra cosa que en dejarse cautivar inadvertidamente por la representaciones de 'lo otro' internas a ese campo. Si bien esto constituye un riesgo constante para el comparatista, equiparable en sentido contrario al de su dependencia de versiones nativas sesgadas de la alteridad – por ejemplo, las surgidas de las élites burguesas nacionales cosmopolitas, que operan como reflejo del deseo del investigador occidental–, el acceso lo más erudito posible al campo ajeno, sobre todo a través del manejo de la lengua, especialmente en sus zonas de espesor figural, propicia, según Spivak, una mayor calidad en la intervención comparatista. A partir de él, el investigador debe ser además capaz de interrogar su propia posición como tal, en su actitud misma respecto de su objeto. Spivak se refiere, concretamente, al poder “escópico” (42) del comparatista, es decir, a la naturalización de su autoridad que genera la pretensión misma de abarcar todo el mundo con la ‘mirada’ del estudioso: toda una geopolítica de la dominación aparece enmascarada por esta aparente diafanidad metodológica. Algo parecido sucede con el modo en que se entendió tradicionalmente la noción de frontera en el comparatismo, que encuentra un eco actual en lo que se tiende a presentar como ‘condición trascendental’ de los intercambios financieros, pero también culturales, globalizados: la fantasía de una permeabilidad o hibridez generalizadas sin restricciones, barreras ni *impasses*. Esta auto-representación imaginaria también debería poder ser objeto de la interrogación comparatista.

Finalmente, como otra operación de resguardo frente al occidentalismo imperialista del comparatismo tradicional, al manejo de las lenguas extranjeras docto y sensible a sus cualidades retóricas ya mencionado, Spivak agrega una consideración institucional central. La interdisciplinariedad del comparatismo, al menos en sus configuraciones clásicas, resulta muy limitada; fueron escasos

los contactos que estableció, en sus investigaciones mayores, entre la literatura y el cine, la música y el arte en general, y más aun con la conclusiones y los protocolos de trabajo de otras disciplinas abocadas a espacios sociales y culturales de carácter inter- o transnacional. Por esto –y esta es sin dudas la propuesta más polémica de sus lecciones–, Spivak aboga por una integración directa e inmediata del proyecto general de investigación del viejo comparatismo literario con los estudios que se están llevando a cabo actualmente en el ámbito de las ciencias sociales, más concretamente en el de los llamados, en Estados Unidos, *Area Studies*. De ellos, por supuesto, no le interesa reivindicar su genealogía y funciones originales en la posguerra y durante la Guerra Fría, sino sobre todo sus requisitos metodológicos, principalmente la obligatoriedad, para los investigadores, de llevar a cabo un trabajo de campo efectivo sobre el terreno (16-22). Un comparatismo filológica y retóricamente enterado, con densidad histórico-político-social provista por un aparato conceptual y metodológico transdisciplinario, y más atento a las circunstancias del presente: este desiderátum todavía irrealizado y quizás mítico podría servir de base contrastiva para la descripción de algunas tentativas recientes en la investigación literaria transnacional.

### **La literatura mundial: *corpus* posnacional, circulación internacional, lectura transnacional**

En el marco de la conceptualidad estética de la Ilustración alemana, Goethe sugirió ya tempranamente que la idea de lo universal natural, esa “belleza humana” que se expresó en el arte de los griegos, se podría aparentemente reencontrar en el presente (de 1827) en la obra de las naciones modernas entendida en su general diversidad, y sería, por lo tanto, reapropiable como modelo –ahora histórico, ya no clásico y eterno– por parte de cualquiera (o, al menos, seguro, por los alemanes) (ECKERMANN, 2000: 185-186). Veinte años más tarde, Marx veía ya en el desarrollo de la burguesía y del mercado internacional la condición de posibilidad de esta universalidad de lo literario, a partir del establecimiento, muy fértil luego, de una analogía de la producción material de las naciones con la espiritual (MARX, 1992: 251). Sorprende entonces bastante, alrededor de ciento setenta años después de estas

declaraciones prospectivas, pero auspiciosas, que la pregunta por la viabilidad de un estudio académico de la literatura universal esté nuevamente en el centro de las interrogaciones críticas recientes. Parece que, a pesar de las justificadas acusaciones históricas de etnocentrismo y de respaldo ideológico de las empresas colonial e imperialista –y de los actuales señalamientos de sus compromisos con concepciones tecnocráticas de la enseñanza superior–, habría en la idea de una literatura universal algún elemento perennemente utópico, sin dudas su razón de ser, que la seguiría haciendo atractiva para los investigadores literarios.

En el marco de este trabajo, solo resultará pertinente referirse a las propuestas actuales en este sentido que ofrezcan a los estudios literarios en su estado presente alternativas innovadoras de carácter teórico, metodológico o incluso epistemológico. Identificado un criterio central en relación con esto – la importancia otorgada a la lectura intensiva de obras individuales– organizaremos un recorrido que irá de la literatura posnacional de Bernat Castany Prado, y su trabajo orientado a la descripción de similitudes puntuales entre obras singulares en un corpus específico, a la propuesta de análisis literario intercultural de Udo Schöning, para luego dar cuenta de la sociología de las relaciones literarias internacionales de Pascale Casanova y, finalmente, de la ‘geografía literaria’ de Franco Moretti. Lo crucial no será aquí entonces la descripción de un fenómeno o conjunto de fenómenos –los ligados con la ‘globalización literaria’–, lo cual, en general, es siempre materia de opinión, sino la elaboración efectiva de herramientas conceptuales, teóricas y metodológicas alternativas a partir de los diferentes cuestionamientos al modelo de la historiografía de las literaturas nacionales.

Bernat Castany Prado, en su libro *Literatura posnacional*, constituye un *corpus* de textos literarios contemporáneos a los que califica de ‘posnacionales’. Sobre esa base, lleva a cabo una serie de lecturas concretas a partir de las cuales busca iluminar nuevas configuraciones literarias. Sin embargo, ya en su análisis de lo nacional como modalidad previa de lo literario, Castany Prado tiende a identificarlo, cuestionablemente, con el particularismo identitario, dejando de lado o prestando muy escasa atención a los aspectos universalistas de lo nacional, o a ese verdadero ‘cortocircuito’ de

lo universal y lo particular que lo constituye. De este modo, nacionalismo, fundamentalismo y política de identidades se unen, de acuerdo con Castany Prado, en una ecuación conocida, que del mismo modo hace equivaler, en oposición, globalización, desarraigo y migración, simplificando un escenario bastante más complejo (desde bastante antes de 2001, el fundamentalismo, por ejemplo, que difícilmente podría restringirse solamente al llamado ‘mundo árabe’, posee, por ejemplo, un componente global constitutivo obviamente perceptible).

Desde la perspectiva de Castany Prado, la idea de la universalidad de lo literario es una condición de posibilidad a la vez atemporal –del tipo “los autores tratan de trascender la particularidad de sus culturas con el objetivo de que sus obras sean ‘universales’” (CASTANY PRADO, 2007: 166)– e histórica –del tipo ‘es consecuencia cultural de las distintas globalizaciones (entendido el concepto en sentido muy amplio) que han tenido lugar a lo largo de la historia (los imperios antiguos, el imperialismo moderno, el neoimperialismo financiero actual)’ (176-177). Frente a estas condiciones generales, la literatura nacional y sobre todo la nacionalista son presentadas por Castany Prado como un fenómeno anómalo o inusual. Las líneas básicas de este esquema interpretativo dan lugar a movimientos contradictorios en la argumentación de *Literatura posnacional*, que por un lado parece aceptar y aprobar la conexión que establece Benedict Anderson entre la hegemonía de la novela como género y el desarrollo de las distintas culturas nacionales (170), y por otro afirma que, como tal, la novela es incompatible con el nacionalismo, pues, frente a los himnos patrióticos o el discurso político, es el género de la incertidumbre por excelencia (168). También en su lado novelesco el nacionalismo se presenta como una anomalía. En última instancia, la distinción de Castany Prado entre literatura nacional y nacionalista que está detrás de esta y otras de sus contraposiciones se basará, como explicaremos en detalle, en una concepción simplificadora de la intencionalidad.

Castany Prado apela, en su investigación, a metodologías tradicionales en las investigaciones sociológica, histórica, filosófica y estilística a propósito de la literatura. Esto se hace evidente en su uso bastante acrítico e incluso ‘ingenuo’ de nociones fuertemente cuestionadas o, al menos, complejizadas

por la teoría literaria del siglo XX, como 'autor', 'lector', 'forma' y 'contenido' (175). Respecto de las dos últimas categorías, es notable la diferencia con el uso más 'teóricamente ilustrado', cruzado por la tradición estructuralista, que de ellas hace Udo Schöning (2006), al que nos referiremos más adelante. Este eclecticismo metodológico no debe ser simplemente confundido con una apelación a lo interdisciplinario, ya que no da lugar a una integración metodológica alternativa respecto de lo que en cada una de esas disciplinas es más o menos usual a la hora de encarar sus objetos. En este sentido, está bastante lejos de las aspiraciones de Spivak.

Castany Prado diseña una periodización básica que distingue la literatura nacional de la pre- y de la posnacional (176-177). Sostiene que la primera parece haber tenido un impacto o alcance mucho mayor en el estado de las cosas –a través, concretamente, de su participación en la formación de las culturas nacionales y del nacionalismo– que tanto la prenacional, restringida a un reducido público lector aristocrático, en las etapas previas a la alfabetización masiva, como la posnacional, relevada hoy, en su papel comunicacional, por los medios masivos audiovisuales. A esta caracterización a partir del grado de 'influencia social' de la literatura, Castany Prado opone una valoración de carácter explícitamente estético que privilegia las operaciones de la configuración posnacional en literatura. Cabe preguntarse si con estos criterios no reproduce la contraposición entre una alta literatura cosmopolita y una literatura nacional popular tan característica del paradigma de la historiografía de las literaturas nacionales del que pretende tomar distancia.

Ligada con esta contraposición está la distinción entre, por un lado, lo que se presenta como actitudes o bien nacionalistas, o bien cosmopolitas, por parte de los escritores, y, por otro, el análisis de los condicionamientos históricos y sociales generales del surgimiento y desarrollo de lo nacional o de lo cosmopolita. Así, subsidiariamente, Castany Prado diferencia una literatura nacional –en tanto perteneciente a una cosmovisión–, de una nacionalista –que hace pedagogía consciente de lo nacional. A esta última, Castany Prado la considera mera propaganda y, por lo tanto, de poco valor literario (169). 'Actitud' y 'cosmovisión' se convierten así en categorías rectoras que

instrumentan toda su perspectiva valorativa de lo nacional y lo posnacional. Toda una metafísica de la intención muy poco analizada se vislumbra tras esta distinción, y Castany Prado se sirve, un poco indiscriminadamente, de actitud y cosmovisión, según los contextos, para pensar lo nacional y lo posnacional en literatura.

La periodización basada en la distinción de lo pre-, lo pos- y lo nacional da lugar a algunas asociaciones inusuales, de las que Castany Prado, sin embargo, no desprende análisis o conclusiones posteriores; por ejemplo, entre el clasicismo grecorromano, el humanismo renacentista, la República de las Letras de la Ilustración, el alto modernismo europeo de principios de siglo y la literatura posnacional contemporánea, dado que todos se corresponderían con períodos de globalización –conquistadora imperial, descubridora, colonizadora, imperialista y neoimperialista, respectivamente. A la vez, la literatura aparece directamente asociada con la crítica a la modernidad –que por otro lado estaría intrínsecamente ligada con el modelo del estado-nación, cosa de por sí discutible–, tanto bajo la forma de los modernismos de entre los siglos XIX y XX, como de los posmodernismos de fin de siglo XX, lo cual parece suponer una manera unilateral y bastante abstracta de periodizar.

Mayor interés que sus reflexiones históricas ofrecen sin duda las consideraciones estilísticas de Castany Prado, basadas en la idea central de que la morfología misma de la literatura se ve alterada por su condición prenatal, nacional o posnacional. Lamentablemente, constituyen la sección más breve de su caracterización teórico-conceptual de la literatura posnacional: apenas diez páginas en un capítulo de casi setenta. Además, sus intentos por listar recursos que podrían considerarse específicamente posnacionales no parecen ser del todo exitosos, dado que evitan atender el problema crucial de las funciones de cada uno de ellos. Así, se hace difícil otorgar credenciales estilísticas de posnacionalidad a lo que se presenta simplemente como “la construcción de personajes complejos y contradictorios, la creación de situaciones ambiguas, el perspectivismo, [...] las paradojas o la dialogicidad” (196). Castany Prado también menciona cierto afán totalizador de las tramas, el uso de las enumeraciones (sobre todo las caóticas), el campo léxico estandarizado, al mismo tiempo que el énfasis en la variedad lingüística

(y su explicitación en la narración y en los diálogos), la simultaneidad temporal, la preferencia por ciertos géneros (viajes, picaresca), el uso de expresiones dubitativas, la antilogía, la paradoja, el oxímoron, el relato en abismo o enmarcado, la deconstrucción de la posición de enunciación del narrador y el final abierto (229, 235). Todos estos recursos son, por otro lado, fácilmente reconocibles en la historia de la novela como género anterior a lo que identifica como 'etapa posnacional'; así, entonces, habría que caracterizar la novela como intrínseca y formalmente nacional y posnacional a la vez, con lo cual la distinción misma entre lo nacional y lo posnacional como categorías pertinentes para el análisis formal de la literatura parece poco útil.

Resumiendo, el problema central del planteo de Castany Prado tiene que ver con el modo simplista en que conecta los aspectos histórico-políticos de sus lecturas con los estéticos y con los ético-valorativos, que una reivindicación de la noción de autonomía (170) no acompañada de análisis alguno de su efectiva constitución histórica y política –claramente ligada, por otro lado, con el proceso de construcción de las culturas nacionales europeas– no alcanza, por supuesto, a disipar. Castany Prado parece caer por momentos en un 'esencialismo de lo literario', sobre todo cuando afirma que la literatura, por naturaleza, se manifiesta afín a la expresión o construcción de identidades problemáticas (166), y liga inmediatamente esta operación a afirmaciones valorativas con escaso respaldo empírico que le permiten casi convertir su *corpus* en un verdadero canon. La defensa de una literatura antitotalitaria y antinacionalista, sin dudas loable, no tiene por qué coincidir necesariamente con una reelaboración de las estrategias de lectura e historización de los estudios literarios.

El trabajo "La internacionalidad de las literaturas nacionales. Observaciones sobre la problemática y propuestas para su estudio" de Udo Schöning parte de una base menos opositiva y militante: reconoce desde el principio la mutua afinidad de nacionalismo e internacionalismo literarios, a partir de la convivencia, desde el principio, de la filología nacional con la comparatística –cuestión bien evidente en la historia de la crítica alemana– dado que ambas parten de presupuestos teóricos similares (SCHÖNING, 2006: 305-306). Asimismo, parece estar respondiendo punto por punto a la mezcla



de criterios de análisis característica del libro de Castany Prado cuando subraya la necesidad de distinguir, para pensar la noción de nación, sus aspectos empíricos o descriptivos de los programáticos o ideológicos (306-307), enfatizando lo problemático de la construcción misma del objeto 'literatura nacional'.

El objetivo central es, una vez más, mostrar los límites de los marcos de investigación literaria que se restrinjan a cada espacio nacional por separado. Pero Schöning, más que trabajar sobre un *corpus*, prefiere cuestionar más bien los presupuestos generales del paradigma nacional-literario. Una historia literaria abierta a sus factores no exclusivamente nacionales no puede basarse en la simple incorporación de más hechos, es decir, de material empírico (por ejemplo, como simples cruce o correlación de lo ya hallado por cada una de las diversas historias nacionales de la literatura); una investigación empírico-acumulativa como la de Castany Prado o la del comparatismo 'clásico' resultan así expuestas en su deficiencia fundamental.

Partir de que la lectura de literatura difícilmente ha sido nunca exclusivamente nacional parece un fundamento sólido: las literaturas extranjeras, fundamentalmente en traducción, pero no solamente, han cumplido un papel importantísimo en toda literatura nacional, si se parte de una concepción de ella más inclinada a tener en cuenta la instancia de la recepción: no todo lo que se lee en una nación es, efectivamente, literatura nacional. Frente a las versiones estadounidenses de la *reader-response theory*, concebida como teoría general de la lectura y centrada en los momentos más subjetivos de la recepción, Schöning reivindica la tradición alemana de la hermenéutica y sobre todo la estética de la recepción de la llamada 'Escuela de Constanza', en sus alcances más históricos que teóricos, siempre y cuando sea capaz de tener en cuenta el traspaso efectivo de las fronteras literarias (309n, 312-313).

El hecho de que el objeto de Schöning no sea la descripción de un conjunto efectivo de obras, sino el análisis de una serie de relaciones, concretamente las que constituyen las 'transferencias literarias', hace que necesariamente la discusión comience a plantearse en otros niveles, puntualmente el de las relaciones entre teoría e historia literarias. De este

modo expone su proyecto el mismo Schöning:

Así frente a una teoría literaria que explica la obra literaria sólo desde sus condiciones de aparición espaciales, temporales, lingüísticas y sociales, debe permitirse la pregunta: ¿por qué una obra literaria también ha tenido efecto allí donde no ha surgido? Y viceversa, una teoría literaria que parte de que esas condiciones de aparición son irrelevantes para la comprensión y efecto de una obra, debe dar cabida a la pregunta: ¿por qué la obra particular ha surgido en su lugar y en su tiempo así y no de otra manera?, y si realmente siempre es lo mismo lo que parece igual (312).

El planteo radicalmente efectual de Schöning lo habilita a cuestionar tanto la obsesión del paradigma de la historia de las literaturas nacionales con los orígenes (históricos, geográficos, sociales, biográficos) como el desprecio esteticista respecto de los modos de circulación efectiva de una obra. Su objetivo final es rehabilitar la historia literaria por fuera del paradigma nacional de las historias de la literatura, pero también de lo que sería –en un movimiento característico de diversos neohistoricismos contemporáneos– volcarse simplemente a elaborar su ‘historia social general’: es de la más absoluta importancia, para la historia literaria, rehabilitar la pregunta misma por lo literario, aunque desde sus condiciones históricas, no trascendentales, de posibilidad (306, 313).

A partir de esto, Schöning saca conclusiones interesantes a propósito de la posibilidad de periodizar no nacionalmente la literatura: los elementos periodizadores que escanden las historias de las literaturas nacionales, los nombres de escuelas, generaciones, movimientos o épocas literarias, son engañosos, porque, en su pretensión de dotar a cada nación con lo que le corresponde en el reparto de la historia literaria, asimilan fenómenos que son muy diferentes de una a otra (por ejemplo, los clasicismos y los romanticismos europeos y americanos, todos ellos muy distintos entre sí). El cruce rígido y adialéctico de nacionalismo y universalismo, perceptible por ejemplo en la tradición comparatista, se refleja en la debilidad de los marcos conceptuales de investigación, sobre todo en la linealidad evolutiva y modular de las periodizaciones.

La propuesta de Schöning, similar a la de David Damrosch en su *What is World Literature?*, consiste en prestar atención a los aspectos comunicativos de la literatura internacional, universal o mundial, o sea, a las conexiones interliterarias. Para esto, desarrolla una teoría de la comunicación entre

literaturas, que enmarca en lo que entiende como comunicación general entre culturas. Los ‘interlocutores’ de esta comunicación interliteraria no son necesariamente las diversas literaturas nacionales (esto restringiría el alcance de la teoría de Schöning al estudio del siglo XIX), sino las que, como punto de partida pragmático más o menos *ad hoc*, denomina “literaturas propias” (315-316). Lo ‘propio’ de una cultura o de una literatura lo delimitaría la no-necesidad de traducción entre sus miembros; se constituiría, entonces, como un modo específico de significar, distinguible no solo espacial o geográficamente, sino también de manera temporal o epocal. A partir de una esquematización de esta comunicación, Schöning pretende sentar las bases de una tipología de la transferencia literaria, de clara inspiración jakobsoniana [326-328], y sujeta por tanto a las diversas críticas sufridas por el modelo comunicativo del lingüista moscovita (cfr. KERBRAT-ORECCHIONI, 1997). De hecho, es probablemente su modo algo simplista de entender la comunicación el punto más débil de las formulaciones de Schöning, pero partir de lo comunicacional, de lo relacional, supone ya un gran avance respecto de las concepciones identitarias de la cultura y la literatura nacionales. A Schöning no le interesa la identidad, ni la nacional ni la global, sino las situaciones y la lógica de los intercambios, de los contactos, de las transferencias. Y más allá de lo simplista de alguna de sus elaboraciones teóricas, está claro que la posibilidad de sistematizar y modelizar un conjunto de relaciones estructurales parece un proyecto mucho más auspicioso, científica o, al menos, investigativamente hablando, que el de perderse en las brumas esenciales de lo nacional como identidad, o bien en las de su simple deconstrucción. Además, Schöning es capaz de reconocer también los límites de su enfoque comunicativo, al llamar la atención sobre redes o centros constitutivamente híbridos o multiculturales, para los que la idea de frontera o de transferencia no tendría sentido, porque todo se daría mezclado desde el origen (329-330). Un buen ejemplo podría ser quizás la cultura de la península ibérica antes de la reconquista.

Pero la conclusión más importante que se puede obtener del trabajo de Schöning, absolutamente ejemplar en este sentido, es que una historia de las relaciones literarias internacionales no puede prescindir de replantear el

problema de qué es la literatura, y más precisamente el de qué es (o fue) una literatura nacional y por lo tanto también el de que es (o será) una literatura más allá de la nación (¿inter-, trans-, supra-, multi-, pos-?). Schöning refina enormemente los lineamientos básicos del asunto al afirmar claramente que no se trata de dos *corpora* o cánones diferentes, sino más bien de dos contextos o enfoques, de ninguno de los cuales habría que prescindir por definición. De este modo, lo nacional y lo transnacional no se excluyen entre sí, sino que se revelan como las dos caras de un papel: las define el punto de vista.

Solo a partir de aquí podría plantearse nuevamente de manera fértil el problema de la interdisciplinaridad en los estudios literarios. También jakobsonianamente, Schöning afirma que se trata de un problema de dominancia: no se debe perder de vista lo central del problema literario como tal. En este sentido, denuncia las asimilaciones terminológicas inmediatas por parte de los estudios literarios, por ejemplo, característicamente, las económicas o las sociológicas, en una posible crítica a las operaciones con que nos encontraremos cuando revisemos las propuestas de Pascale Casanova o de Franco Moretti. Sin embargo, Schöning no avanza mucho más en esta línea de reflexión, y solo sugiere que las diferentes metodologías deberían ser complementarias (325), es decir, disuelve todo lo que en la interdisciplina hay de conflicto por la hegemonía, deformación y malentendido productivos. Incluso, parece limitada la adhesión de Schöning a la metodología del análisis del discurso, que le sirve de mediadora privilegiada entre el análisis histórico-socio-cultural y el lingüístico-estilístico-literario. Cabe entonces preguntarse qué respuestas puede ofrecer el análisis del discurso a la necesidad de replantear el problema de la especificidad de lo literario: su puesta en serie con otros discursos sociales puede ser un paso metodológicamente interesante, pero también reductivo. Sin embargo, estas inquietudes no encuentran demasiado eco en el en otros muchos sentidos estimulante trabajo de Schöning<sup>2</sup>.

Pero, ¿por qué resulta interesante un llamado a que los estudios literarios

---

<sup>2</sup> Los trabajos recientes de Dominique Maingueneau [2004, 2006, 2010] anuncian respuestas posibles a la pregunta sobre la especificidad literaria desde el análisis del discurso. Su revisión detallada excede los objetivos de este trabajo.

sean capaces de repensar la especificidad de su objeto? Precisamente porque esa especificidad estuvo demasiado tiempo asociada, estéticamente, a una metafísica de la obra aislada y a un modo intensivo de lectura que han recibido todo tipo de cuestionamientos. Uno de ellos, popularizado por la sociología de los campos literarios de Pierre Bourdieu, consiste en que se trata de una creencia engañosa que, si bien moviliza a los actores del sistema de lo literario, no tendría que hacerlo con quienes lo estudian. Pascale Casanova, discípula de Bourdieu, sugiere que la teoría literaria se ha dejado cautivar por estas creencias 'intrasistema', y así se ha visto impedida, tradicionalmente, de dar cuenta de él de manera científica. Son, como quedaba claro a partir de las ideas de Schöningh, las relaciones en el marco de un sistema literario lo que importa, no los términos aislados de las mismas. Y si ese sistema es concebido desde el principio como un espacio literario internacional generalizado, se impone una transformación también general del enfoque de lectura.

Casanova suplementa y amplía las tesis de Bourdieu, resumidas y completadas en su *Las reglas del arte*, a partir de la incorporación a sus presupuestos de una recepción de la teoría del sistema-mundo de Immanuel Wallerstein (1979): las relaciones de poder en el campo literario se amplían a las de desigualdad y dominación entre centro y periferia a escala global. La disponibilidad de capital literario y lingüístico, en la terminología de Bourdieu, funciona ahora como índice fundamental de la distribución de la preponderancia literaria a nivel mundial. La metáfora económica explicita el privilegio de la circulación literaria: intelectuales y escritores cosmopolitas serían "cambistas" (CASANOVA, 2001: 37) y gestores de este mercado literario.

El conflicto y la tensión permean todo el sistema de producción literaria, pero ya no se dan solamente respecto, por ejemplo, de un escritor o poeta-padre individual (como en *La angustia de las influencias* de Harold Bloom), o entre grupos o generaciones, o entre vanguardia y tradición, sino entre subsistemas literarios. Las ideas habituales sobre la globalización literaria, o la de literatura universal, tienden a borrar el conflicto y a presentar la literatura como un encuentro armonioso de culturas, en un gesto ideológico que es característico, por ejemplo, del modo en que se siguen planteando las

relaciones lingüísticas y literarias entre España y América Latina. Por esto, metodológicamente, se tiende a aplicar a las relaciones internacionales el mismo modelo estético que se usa para entender la literatura desde cada espacio nacional, invisibilizando completamente las zonas de antagonismo entre lenguas y literaturas. La propuesta de Casanova supone, por el contrario, entender ya lo nacional en la literatura, desde el principio y en su constitución misma, como una estrategia de competencia y diferenciación en un espacio internacional intrínsecamente conflictivo, y no, por supuesto, como algún tipo de 'emanación' del pueblo o de la cultura nacional imaginada.

En el proceso de desarrollo dialéctico de las literaturas nacionales que describe Casanova, se despliega un segundo momento respecto de la constitución de la 'diferencia' nacional, el de la autonomización literaria, que Casanova entiende no tanto como separación relativa o independencia respecto de las agendas políticas nacionales en cada caso, sino más bien como un intento de apertura a la entrada directa de esa literatura nacional en la competencia internacional. Dado que el espacio nacional 'de origen' del escritor siempre media, en el marco de las relaciones literarias internacionales, su acceso al espacio mundial, fundamentalmente a través de su lengua, la autonomía resume, como concepto, un conjunto de recursos estratégicos para expandir su alcance e influencia en una lógica de lo literario que tiene el mundo por campo de batalla. Es decir que la noción de autonomía literaria concierne menos a alguna clase de ontología de la obra de arte o de poética de la producción artística que a los modos y alcances específicos de su circulación y dominio.

De todos modos, es lícito preguntarse si 'autonomización' es intrínsecamente equivalente a 'internacionalización', como parece suponer Casanova, o en todo caso si esta identificación no oculta matices o tensiones diferenciales. La cuestión central es, por supuesto, la búsqueda del contraejemplo: si no hay modernidades literarias que no sean a la vez internacionalistas. El modernismo hispanoamericano, por citar solo un ejemplo, constituye una mezcla flagrante de internacionalismo y latinoamericanismo nacionalista en que este último de ninguna manera podría considerarse una simple rémora antimoderna. De todos modos, es cierto que,

entre las preferencias de las historias literarias del paradigma nacional, aparece sin dudas la tendencia a presentar como mutuamente excluyentes cosmopolitismo modernizante y nacionalismo, como es el caso de la distinción historiográfica característicamente española entre modernismo y 'generación del 98', división cuestionada con evidente justicia por parte de la investigación literaria más reciente del período, de Blasco Pascual (1993) a Santiañez (2002).

Una de las consecuencias más interesantes de la promoción de las diferencias entre centro y periferia literarios a un lugar central entre las herramientas del investigador literario por parte de Casanova es la postulación de una temporalidad específica del sistema internacionalizado de las letras, que podría ser la de una historia propiamente literaria capaz de no depender de cronologías elaboradas con otros propósitos y proyectos. Así, la historia de los procesos de autonomización literaria se presenta también, y al mismo tiempo, como la de la independencia de su historia respecto de las vicisitudes de las historias nacionales sin más, por ejemplo de los procesos de emancipación. Según Casanova, la temporalidad internacional de las letras supone un presente, que es la temporalidad moderna del centro y que opera como un 'meridiano de Greenwich' de las letras, y una periferia temporalmente retrasada frente a ese presente moderno, como figuración cronológica del 'provincianismo' literario. Dado que la posición central en el sistema internacional depende de la posesión de capital literario, su organización supone también constitutivamente que el centro deba estar dotado de un largo pasado, más o menos reconstruido, más o menos inventado, de literatura. Por eso, Casanova afirma que "hay que ser antiguo para tener alguna posibilidad de ser moderno" (125). Así, se vislumbra toda una serie de cronologías diferenciales que, en sus diferentes especificidades, conformarían la idea de un sistema literario diacrónico que no desagradaría a Iuri Tinianov. Las categorías de Casanova explican también con claridad, como las de Schöning, las razones de las dificultades de las historias de la literatura universal o mundial para el establecimiento de periodizaciones efectivamente transnacionales: el sistema está basado constitutivamente en la desincronización temporal, más que en la simultaneidad de los movimientos

literarios, cuya postulación no hace otra cosa que velar o transfigurar las literaturas de la periferia (efecto secundario perceptible, por ejemplo, en las postulaciones de un neoclasicismo o un romanticismo españoles y latinoamericanos a partir de los criterios centrales). El 'difusionismo' que supone la idea de una influencia literaria internacional constituida como veloz onda expansiva debe ser suplementado y corregido por una atención concentrada en los modos en que el sistema internacional se edifica –con el objeto de seguir sosteniendo la hegemonía del centro– a través de la diferenciación interna constante, y no a partir de una pretensión de homogeneización generalizada.

A partir de esto, se explica todo un conjunto metafórico moderno en torno de las figuras del avance y del retroceso literarios que justifica y respalda los criterios de valoración internos al sistema, que, insiste Casanova, no deberían ser los del estudioso, aunque muchas veces lo sean, como habría sido característico de los valores intrínsecamente internacionalistas, moderno- e incluso franco-céntricos, de la teoría literaria tal como todavía la conocemos (Casanova incluida, como veremos). Por supuesto, a pesar de estas aclaraciones, Casanova no propone ninguna teoría general sobre la valoración en la investigación literaria. ¿Dispone, en efecto, el investigador literario de otros paradigmas valorativos que el, en cada caso, dominante en el sistema internacional de las letras? ¿Se puede formular criterios de valoración literaria que posean una dimensión y una profundidad históricas reales, es decir, que no se puedan reducir ni a los surgidos del contexto histórico de origen ni a los del 'presente' del crítico-investigador? En todo caso, ¿qué implicaría esta investigación en torno de las cuestiones del valor para las pretensiones de científicidad del trabajo de estudiosos de perfil sociológico como Casanova o Franco Moretti?

Un punto central en el que ambos se distinguen es que Casanova, a diferencia de las propuestas explícitas que, como veremos, sostendrá Moretti, no considera menor o poco importante la aportación de su metodología a la interpretación efectiva de textos puntuales. Para ella, el investigador literario no puede descartar el estudio intensivo de las obras, aunque deba renunciar a lo que denomina la 'metafísica de la obra aislada'. De cualquier modo, como



sucede en el caso de Bourdieu, las implicaciones teóricas de sus propuestas en relación con el cruce de los niveles micro- y macroscópico de análisis no terminan de explicitarse con claridad, al menos en *La República mundial de las Letras*.

Es fácil reconocer algunos límites del internacionalismo de Casanova. Están dados, sin dudas, por su francocentrismo, que hace a París capital mundial indiscutible de las Letras. Esto no tiene que ver solo con poner en discusión lo ajustado o no de su caracterización histórica de la literatura francesa como la única que no tendría un punto de partida nacional porque, en tanto centro tradicional de lo literario tras la caída de la preponderancia clásica del latín, no necesitaría de ningún tipo de reivindicación emancipatoria de una esencia nacional para definirse como tal, mientras que literaturas verdaderamente nacionales solo podrían ser las otras, en principio la inglesa y la alemana, precisamente por haberse definido de manera opositiva y relativa a la francesa –lo cual explicaría tanto el débil nacionalismo del clasicismo francés, como que el romanticismo se haya desarrollado sobre todo en Alemania e Inglaterra. También es necesario preguntarse hasta qué punto la distinción misma entre centro y periferia que la teoría de Casanova supone no es también interpretable como un gesto nacionalista reactivo y retroactivo, contemporáneo de la debacle actual de la literatura y la lengua francesas en la escena internacional frente al inglés.

Igual suerte correría, en un análisis crítico más detenido de las tesis de Casanova, su también evidente ‘modernocentrismo’: resulta claro que su modelo funciona fundamentalmente en el contexto de la historia de la literatura de la modernidad, pero de ningún modo (o, en todo caso, haciendo ajustes conceptuales muy importantes) en el de la clásica o la medieval, y probablemente tampoco en el de la estrictamente contemporánea, para la que cabría pensar si sigue funcionando una lógica tan estricta de la distinción entre centro y periferia. Casanova, de hecho, se refiere ocasionalmente a la aparición de centros plurales, y a la radical complejización del sistema internacional, en los últimos años (217), pero avanza muy poco con el análisis de las implicaciones que estos cambios tendrían en relación con la conceptualidad y la metodología básicas de su teoría, que difícilmente sería

capaz de registrar otros fenómenos concomitantes con los recién señalados. Una vez más a la manera de Bourdieu, Casanova deplora el modo en que la industria editorial está colonizando comercialmente el polo autónomo internacional de lo literario, e incluso asimilando para sus productos rasgos antes únicamente identificados con la 'literatura pura' (223). El poder de la comercialización da lugar a una pugna por constituirse ella misma como nuevo centro legitimador absoluto de la literatura, desarticulando y superando a la vez la vieja idea de la autonomía internacionalista. Casanova sostiene que se trata simplemente de una revancha del polo nacional (223-224), dado que su ya señalado francocentrismo la lleva a ver los *best-sellers* globales, como, por ejemplo, *El código Da Vinci*, como una promoción internacional de la cultura y la literatura nacionales estadounidenses, a partir de la integración total y programática de su comercialización con la de los medios masivos de comunicación mundial y la cultura del entretenimiento (224-225). Pero todo lleva más bien a pensar lo contrario: el 'polo comercializador' en su estado actual tiene un costado fuertemente internacionalista o al menos regional que poco tiene que ver con los derroteros tradicionales de las diversas literaturas nacionales, incluso de la estadounidense. Cabe entonces preguntarse acerca de la viabilidad de la perspectiva de Casanova en relación con la literatura más estrictamente contemporánea.

El universo teórico de base de Franco Moretti es afín al de Pascale Casanova: la sociología literaria cruzada con la teoría del sistema-mundo moderno de Wallerstein y, explícitamente, de Fernand Braudel (1984). Moretti incorpora el postulado central de Casanova: que, en sus palabras, "el estudio de la literatura mundial es el estudio de la lucha por la hegemonía simbólica en todo el mundo" (2000: 73). Sin embargo, las reflexiones de carácter metodológico de Moretti son bastante más radicales, e implican un cambio total en la perspectiva o el enfoque de los estudios literarios. A diferencia del 'dualismo' metodológico de Casanova (y de Bourdieu), que pretende poder no renunciar a la lectura intensiva de obras particulares a pesar de postular un enfoque sistemático y holístico (capaz de abarcar, incluso, el mundo entero), Moretti sostiene que una expansión global del campo de investigación debe tener más consecuencias explícitas en el plano de la teoría y del método.

Las propuestas metodológicas alternativas de Moretti se vuelven necesarias en razón de su ocupación principal, la novela: el enfoque debe ser obligatoriamente distinto si se abandonan los cánones novelescos nacionales u ‘occidental-europeos’ tradicionales. Se trata del paso de la *close reading*, o “lectura directa”, a la “lectura distante”. El verdadero objeto de análisis no debería ser la producción y circulación de ciertas obras particulares, sino de determinadas unidades específicas, como recursos –el uso de indicios en el policial–, temas, tropos y géneros –el soneto en el Renacimiento, especialmente la novela en el siglo XIX, objeto privilegiado de la obra de Moretti (lo cual tendría implicaciones reductoras respecto de su teoría sobre la literatura mundial, según SPIVAK, 2009). Este es el único sentido que, teórica y metodológicamente, Moretti le encuentra al comparatismo: un estudio de la variación de las formas literarias en el espacio y el tiempo. Para llevarlo a cabo, Moretti apela a un uso, más o menos metafórico, de ítems terminológicos y procedimentales tomados de la geografía, la biología y la física: mapas, árboles –de evolución y transformación de una forma literaria– y ondas –de expansión de un elemento. Esto le permite ampliar radicalmente el alcance del análisis propiamente formal del hecho literario al desprenderlo por completo del análisis intensivo de la obra aislada.

Los estudios literarios tienen que llevar a cabo entonces, fundamentalmente, una labor de síntesis, no de análisis. El investigador debe trabajar necesariamente en grupo –en afinidad con los equipos característicos de la investigación científica–: solo un conjunto de especialistas puestos en contacto desde el principio de la investigación (y no meramente a partir de la comunicación de resultados) podría ser capaz reunir y sistematizar la información necesaria para la síntesis a la que debería apuntar el estudio a escala mundial de la literatura. Spivak lee aquí una peculiar división del trabajo, motivada por lo que considera la inevitabilidad metodológica de la especialización en literaturas nacionales que la perspectiva de Moretti supone: investigadores ‘generalistas’ capaces de operar la síntesis, por un lado, y especialistas recolectores de datos ‘de primera mano’, por otro. La investigación comparatista, sostiene Spivak, pasa así a depender de alguna variante de la equívoca figura del ‘informante nativo’, encarnado ahora en el

especialista en cada literatura nacional. Los investigadores de la 'órbita nacional' parecen no tener función alguna en la elaboración de las conclusiones surgidas del enfoque global, y a la vez su producción crítica resulta rebajada al estatuto de simple dato: dos formas, entonces, de invisibilizar a los mediadores de los que depende la tarea de síntesis que se pretende. La *close reading* o lectura atenta no desaparece, sino que simplemente es objeto de una administración del trabajo crítico que instaura una compartimentación que redundará en una especie de 'división internacional de la labor intelectual'. De hecho, Spivak hace equivaler la propuesta sintética de Moretti a la mera actividad recopilatoria que supone la redacción de enciclopedias, *companions* y material de referencia: nada de esto alcanzaría para postular unos nuevos estudios comparativos como disciplina completa.

Schöning, Casanova y Moretti, a diferencia del planteo más tradicional y ligado a un *corpus* específico de Castany Prado, se enfrentan explícitamente al problema de si la historia literaria puede prescindir de la interpretación de los textos particulares para concentrarse en las condiciones de producción de lo literario. Sin embargo, Moretti es capaz de explicitar además lo que un sistema internacional de producción literaria supone incluso a nivel formal, tanto en relación con la labor de los escritores como, sobre todo, con la de los estudiosos. Sirviéndose del viejo dogma marxista de la sociología de la literatura, con antecedentes en Voloshinov (1999), Lukács (1966), Auerbach (1982) y Goldmann (1967), de que las formas literarias son compendios de las relaciones sociales (73-74), Moretti sostiene que la estructura del sistema mundial de lo literario se manifiesta específicamente en las fracturas formales de las literaturas periféricas. Respecto de la novela, presta atención sobre todo al quiebre entre estructura y dinámica narrativas y enunciación, es decir, a las vacilaciones del narrador novelesco no central (72-75), algo muy notable, por ejemplo, en la literatura realista española, particularmente en la de Benito Pérez Galdós, pero también en todo un conjunto de novelas no europeas que analiza Moretti. Más allá de las críticas a las que ha dado lugar su perspectiva, Franco Moretti ha logrado formular una propuesta alternativa explícita para la conformación metodológica y disciplinar de los estudios literarios, que no desdeña algunos de los aportes centrales de la teoría literaria del siglo XX,

tanto de la de vertiente sociológica como de la de orientación formalista (es evidente la influencia de las propuestas sobre la evolución literaria de IURI TINIANOV, 1997). Sin embargo, es necesario señalar que si efectivamente, como concluimos en las primeras secciones de este ensayo, la literatura tiene todavía tareas por realizar en las configuraciones imaginarias de las formas de subjetivación en sus niveles más primarios, es decir, si la invención de nuevas formas de vida cada vez menos afines con las agrupaciones de carácter nacional preexistentes puede aún tener lugar a partir de las investigaciones formales que seguimos vinculando con lo literario, entonces la reivindicación metodológica y teórica de una literatura mundial o universal tendría necesariamente que tener en cuenta sus implicaciones en ese nivel, precisamente, 'formativo'. Las fracturas de orden constructivo que analiza semi-cuantitativamente Moretti no necesitan no implicar resoluciones imaginarias específicas, si bien también historiables. ¿Cómo podría constituirse una historia literaria de esas resoluciones? Una verdad específica de lo literario, vinculada con la elaboración de formas de vida, se puede vislumbrar aquí; que de esto pueda desprenderse un programa de investigación literaria depende por supuesto del aparataje conceptual con el que los investigadores decidan encararla. La concepción estadística de las formas literarias de Franco Moretti, con todo lo sugerente que resulta para unos estudios literarios con complejos de culpa cada vez más notables a propósito de su 'ensayismo' irredento, característico del lastre que hoy supone su inclusión en las 'humanidades', debería mostrarse más abierta a nociones más amplias de difusión y circulación de las formas, una vez reconocidas también sus implicaciones vitales.

### **Caminos de investigación: nuevas preguntas**

Hay modalidades de la experiencia literaria que fueron opacadas por años de interpretaciones nacionales de la literatura. Se impone entonces cuestionar la pretendida evidencia de la esencialidad territorial de lo literario y pensar como histórica, social y políticamente construido lo que de otro modo se presenta como una fatalidad.

La literatura del exilio se estudia a menudo a partir de lo que se tiende a

entender como un vaciamiento y abstracción de la literatura debidos a la pérdida de su público lector o de un horizonte de expectativas común. Pero esto solo se sostiene desde el punto de vista exclusivista de la literatura nacional; todo un campo de actividad literaria transnacional se despliega si el exilio deja de pensarse como un fenómeno relacionado exclusivamente, de manera paradójica, con una cultura nacional, sin que esto implique dejar de atender al desgarramiento experiencial supuesto por las políticas expulsivas de estado (UGARTE, 1999). Por otro lado, es conocida la glorificación esencialista de la extranjería y del exilio bien característica de los altos modernismos cosmopolitas del siglo XX y de su modo de entender la estética de la autonomía como desterritorialización de la lengua materna (los casos paradigmáticos serían aquí los de Joyce, Kafka, Beckett y Nabokov). La perspectiva que estamos tratando de esbozar aquí podría servirnos para ver el exilio de otra manera, es decir, como una práctica efectivamente transnacional de lo literario.

Teniendo en cuenta el lugar que ocuparon las lenguas en la definición de las literaturas nacionales –según una ecuación lengua-nación marcadamente excluyente respecto de toda una serie de fenómenos literarios limítrofes que hoy resultan cada vez más atractivos–, la traducción se evidencia como una cuestión crucial (TOURY, 1995; RUIZ CASANOVA, 2000; LAFARGA, 2004; WOLF Y FUKARI, 2007; BAKER Y SALDANHA, 2009). Una literatura nacional está también hecha de textos traducidos, que a menudo poseen un carácter determinante en un sistema literario pero son sistemáticamente despreciados por la historiografía de carácter nacional todavía dominante. Del mismo modo, la circulación internacional de una literatura nacional se asienta en su traducibilidad, que depende tanto de su capital lingüístico como de la estructura de comercialización internacional de la literatura: editoriales (SAPIRO, 2009); premios (ENGLISH, 2005), agentes, críticos, académicos. Si bien se ha estudiado históricamente estos aspectos, particularmente en torno de la circulación editorial, poco se ha atendido a la migración de las formas literarias. ¿Cómo cruzan las fronteras los géneros, los tropos, los procedimientos constructivos y las estrategias de enunciación?

La definitiva transnacionalización de la industria editorial es la cara más

visible de la denominada 'globalización' en el mundo de la literatura. Los conglomerados transnacionales en cuyas manos están los grandes grupos editoriales solo dedican parte de sus inversiones a la publicación. El mundo editorial no fue ajeno a la cada vez más completa financiarización de la economía mundial que ha caracterizado los desarrollos del capitalismo a partir de los años 60 y sobre todo 80, es decir, al hecho de que el funcionamiento de las grandes editoriales internacionales dependa directamente de su rendimiento accionario, es decir, de su cotización en la bolsa, y que por esto funden su desarrollo sobre la base de fondos de inversión deslocalizados, como los de pensión por ejemplo, a escala global. Se entiende entonces que los criterios de rentabilidad del negocio editorial hayan cambiado como resultado de su completa inmersión en ese ámbito de credibilidad volátil que es el mercado financiero mundial. De aquí, el privilegio de los beneficios de corto plazo, la integración casi completa del mundo editorial con la industria del entretenimiento y los grandes conglomerados mediáticos, y su completa subsunción en la cultura de masas globalizada que forma hoy el horizonte más inmediato de referencias culturales. De aquí también, la crisis de la noción de 'fondo editorial' o *backlist* –otrora fuente de prestigio simbólico de cualquier negocio editorial– (SCHIFFRIN, 1999, 2005, 2010; SAPIRO, 2009) que afecta de manera central el respaldo comercial de la producción de lo que todavía hoy entendemos por literatura. Y también el florecimiento de la industria editorial independiente, que se ha hecho cargo de los restos del negocio, y no necesariamente en la escala nacional que cada vez más resignan las grandes transnacionales editoriales; así como también el crecimiento exponencial de nuevos dispositivos para la circulación de lo literario, que ha dado lugar a su incipiente –pero enormemente sugerente– emancipación respecto de la industria y el mercado del libro (MCGANN, 2001; DARNTON, 2010; HAYLES, 2002, 2005, 2008, 2012; MORA, 2006; ROMERO LÓPEZ Y SANZ CABRERIZO, 2008). ¿Cómo han afectado estos procesos la literatura, ya sea la de producción estrictamente contemporánea, ya sea la del pasado aun en circulación?

Planteado este horizonte problemático, ¿qué se puede esperar hoy de las nociones de literatura mundial o universal que dejó como herencia la Ilustración (ECKERMANNM 2000: 185-186)? ¿Se puede redimir estas nociones

del imperialismo y el etnocentrismo al que dieron lugar, tras los cuestionamientos a las tradiciones de los estudios literarios nacionales llevados a cabo por los estudios culturales y los poscoloniales? ¿Hay vida para la idea de literatura mundial más allá de la idea del 'canon occidental'? Ya hay un interés académico, quizás todavía incipiente cuantitativamente, en el desarrollo de conceptos, métodos y programas de investigación que tienen espacios más allá de lo nacional como horizonte, incluso más allá de la comparación entre tradiciones o literaturas nacionales en que se centró históricamente la comparatística (DAMROSCH, 2003, 2009; PRENDERGAST, 2004; THOMSEN, 2008; D'HAEN, DAMROSCH Y KADIR, 2012). ¿Supone esto una alternativa real respecto de las líneas hoy dominantes en los estudios literarios, o por el contrario es el resultado de las presiones de rentabilidad y utilidad a las que cada vez más están siendo sometidas las humanidades, ya sea como resultado de los cambios en la industria editorial y del entretenimiento que revisábamos recién, como de la crisis y los recortes que sufren hoy las universidades a escala también mundial? Es inevitable preguntarse si la rehabilitación actual de la idea de literatura universal o mundial no es correlato de la reducción cada vez mayor de las carreras de literatura como tales: los diversos programas de literaturas nacionales tradicionales se vuelven económicamente más rentables si se los reduce a cursos sobre 'los grandes libros de los diferentes espacios nacionales y las diferentes épocas'. Sin embargo, el aliento utópico de la idea de literatura universal se deja todavía sentir en algunos proyectos teóricos y críticos contemporáneos.

#### **BIBLIOGRAFÍA**

- AHMAD, AIJAZ. *In Theory: Classes, Nations, Literatures*. London, Verso, 1992.
- ANDERSON, BENEDICT. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México, Fondo de cultura económica, 1993.
- ANDRES SUÁREZ, IRENE. *Migración y literatura en el mundo hispánico*. Madrid, Verbum, 2004.
- APPADURAI, ARJUN. *La modernidad desbordada*. México, Trilce-FCE, 2001.



- APPEL, RENÉ Y PIETER MUYSKEN. *Bilingüismo y contacto de lenguas*. Barcelona, Ariel, 1996.
- APPIAH, KWAME ANTHONY. *Cosmopolitismo*. Buenos Aires, Katz, 2007.
- AUERBACH, ERICH. *Mimesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- BAKER, MONA Y GABRIELA SALDANHA (eds.). *Routledge Encyclopedia of Translation Studies*. New York, Routledge, 2009.
- BALIBAR, ÉTIENNE E IMMANUEL WALLERSTEIN. *Race, nation, clase. Les identités ambiguës*. Paris, La Découverte, 1997.
- BENHABIB, SEYLA. *Las reivindicaciones de la cultura. Igualdad y diversidad en la era global*. Buenos Aires, Katz, 2006.
- BHABHA, HOMI. *The Location of Culture*. London and New York, Routledge, 1994.
- BLASCO PASCUAL, JAVIER. "De 'oráculos' y de 'cenicientas': la crítica ante el fin de siglo español". En CARDWELL, RICHARD A. Y BERNARD MCGUIRK (eds.). *¿Qué es el modernismo? Nueva encuesta, nuevas lecturas*. Boulder, Society of Spanish and Spanish-American Studies, 1993.
- BOURDIEU, PIERRE. *Las reglas del arte*. Barcelona, Anagrama, 1995.
- BRAUDEL, FERNAND. *Civilización material. Economía y capitalismo*. Vol. III. Madrid, Alianza, 1984.
- CABO ASEGUINOLAZA, FERNANDO (ed.). *A Comparative History of Literatures in the Iberian Peninsula*. Volumen I. Amsterdam, John Benjamins, 2010.
- CARTMELL, DEBORAH E IMELDA WHELEHAN (eds.). *Adaptations: From Text to Screen, Screen to Text*. London, Routledge, 1999.
- . *The Cambridge Companion to Literature on Screen*. Cambridge, Cambridge University Press, 2007.
- CASANOVA, PASCALE. *La república mundial de las letras*. Barcelona, Anagrama, 2001.
- CASTANY PRADO, BERNAT. *Literatura posnacional*. Murcia, Universidad de Murcia, 2007.
- CHAKRAVORTY SPIVAK, GAYATRI. *¿Puede hablar el subalterno?* Buenos Aires, El Cuenco de Plata, 2011.
- . *A Critique of Postcolonial Reason*. Cambridge

- (Mass.) and London, Harvard University Press, 1999.
- . *In Other Worlds*. New York and London, Routledge, 1988.
- . *Muerte de una disciplina*. Santiago, Palinodia, 2009.
- COLLINS, JIM. *Bring on the Books for Everybody: How Literary Culture Became Popular Culture*. Durham, NC: Duke University Press, 2010.
- DAMROSCH, DAVID. *How to Read World Literature*. Oxford, Wiley-Blackwell, 2009.
- . *What Is World Literature?* Princeton, Princeton University Press, 2003.
- DARNTON, ROBERT. *Las razones del libro: Futuro, presente y pasado*. Madrid, Trama Editorial, 2010.
- DE SWAAN, ABRAM. *Words of the World: The Global Language System*. Cambridge, Polity Press and Blackwell, 2001.
- DEL VALLE, JOSÉ Y LUIS GABRIEL-STHEEMAN (eds.). *La batalla del idioma. La intelectualidad hispánica ante la lengua*. Frankfurt y Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 2004.
- DERRIDA, JACQUES. *El monolingüismo del otro*. Buenos Aires, Paidós, 1997.
- D'HAEN, THEO, DAVID DAMROSCH Y DJELAL KADIR (eds.). *The Routledge Companion to World Literature*. New York, Routledge, 2012.
- ECKERMANN, JOHANN PETER. *Conversaciones con Goethe*. Barcelona, Océano, 2000.
- ENGLISH, JAMES F. *The Economy of Prestige: Prizes, Awards, and the Circulation of Cultural Value*. Cambridge and London, Harvard University Press, 2005.
- FERNÁNDEZ BRAVO, ALVARO (ed.). *La invención de la nación. Lecturas de la nación de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires, Manantial, 2000.
- GARCÍA CANCLINI, NÉSTOR. *Culturas Híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. Buenos Aires, Paidós, 2001.
- GOLDMANN, LUCIEN. *Para una sociología de la novela*. Madrid, Ciencia Nueva, 1967.
- GUILLÉN, CLAUDIO. "Lo uno con lo diverso. Literatura y complejidad". 1616.

*Anuario---*

- . *Entre lo uno y lo diverso*. Barcelona, Tusquets, 2005.
- HABERMAS, JÜRGEN. *La constelacion posnacional: Ensayos políticos*. Barcelona, Paidós, 2000.
- HANNERZ, ULF. *Conexiones transnacionales. Cultura, gente, lugares*. Madrid, Cátedra, 1996.
- HAYLES, KATHERINE. *Electronic Literature: New Horizons for the Literary*. Notre Dame, University of Notre Dame Press, 2008.
- . *How We Think: Digital Media and Contemporary Technogenesis*. Chicago, University of Chicago Press, 2012.
- . *My Mother Was a Computer: Digital Subjects and Literary Texts*. Chicago, University of Chicago Press, 2005.
- . *Writing Machines*. Cambridge, MIT Press, 2002.
- HELD, DAVID. *Cosmopolitismo: Ideales y realidades*. Madrid, Alianza, 2012.
- HOBBSAWM, ERIC Y TERENCE RANGER. *The Invention of the Tradition*. Cambridge, Cambridge University Press, 1983.
- KERBRAT-ORECCHIONI, CATHERINE. *La enunciación. De la subjetividad en el lenguaje*. Buenos Aires, Edicial, 1997.
- LAFARGA, FRANCISCO. *Historia de la traducción en España*. Salamanca, Ambos Mundos, 2004.
- LAZZARATO, MAURIZIO. "Immaterial Labor". En Paolo Virno y Michael Hardt (eds.). *Radical Thought In Italy: A Potential Politics*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1996.
- LINK, DANIEL. *Fantasmas. Imaginación y sociedad*. Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2009.
- LUKÁCS, GEORG. "¿Narrar o describir?". En *Problemas del realismo*. México, Fondo de cultura económica, 1966.
- MAINGUENEAU, DOMINIQUE. *Contre Saint Proust ou la fin de la Littérature*. Paris, Belin, 2006.
- . *Le discours littéraire. Paratopie et scène d'énonciation*. Paris, Armand Colin, 2004.
- . *Manuel de linguistique pour les textes littéraires*. Paris, Armand Colin, 2010.

- MARX, KARL. "Manifiesto del Partido Comunista". En *La cuestión judía (y otros escritos)*. Barcelona, Planeta-Agostini, 1992.
- MCGANN, JEROME J. *Radiant Textuality: Literature after the World Wide Web*. New York, Palgrave, 2001.
- MEDINA LÓPEZ, J. *Lenguas en contacto*. Madrid, Arco Libros, 1997.
- MORA, VICENTE LUIS. *Pangea - internet, blogs y comunicacion en un mundo nuevo*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2006.
- MORETTI, FRANCO. "Conjeturas sobre la literatura mundial". *New Left Review* (edición en español). n° 3, 2000. Disponible en <http://www.newleftreview.es/?getpdf=NLR23503&pdflang=es>
- ". "Nuevas conjeturas sobre la literatura mundial". *New Left Review* (edición en español). n° 20, 2003. Disponible en <http://www.newleftreview.es/?getpdf=NLR25402&pdflang=es>
- ". *La literatura vista desde lejos*. Barcelona, Marbot, 2007.
- NANCY, JEAN-LUC. *La creación del mundo o la mundialización*. Barcelona., Paidós, 2003.
- NEGRI, ANTONIO Y MICHAEL HARDT. *Imperio*. Buenos Aires, Paidós, 2002.
- PRENDERGAST, CHRISTOPHER (ed.). *Debating World Literature*. London and New York, Verso, 2004.
- ROMERO LOPEZ, DOLORES Y AMELIA SANZ CABRERIZO (eds.). *Literaturas del texto al hipermedia*. Barcelona, Anthropos, 2008.
- RUIZ CASANOVA, JOSÉ FRANCISCO. *Aproximación a una historia de la traducción en España*. Madrid, Cátedra, 2000.
- SAID, EDWARD. *Orientalism*. New York, Vintage, 1979.
- ". *Cultura e imperialismo*. Barcelona, Anagrama, 1996.
- ". *El mundo, el texto y el crítico*. Barcelona, Debate, 2004.
- SAN JUAN JR., EPIFANIO. *Beyond Postcolonial Theory*. New York, St. Martin's Press, 1999.
- SANTIAÑEZ, NIL. "Modernismo y modernismos". En *Investigaciones literarias. Modernidad, historia de la literatura y modernismos*. Barcelona, Crítica, 2002.
- SAPIRO, GISELE. *Les contradictions de la globalisation éditoriale*. Paris, Nouveau Monde, 2009.

- SAUSSY, HAUN (ed.). *Comparative Literature in an Age of Globalization*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2006.
- SCHIFFRIN, ANDRÉ. *L'argent et les mots*. Paris, La Fabrique, 2010.
- . *L'édition sans éditeurs*. Paris, La Fabrique, 1999.
- . *Le contrôle de la parole*. Paris, La Fabrique, 2005.
- SCHÖNING, UDO. "La internacionalidad de las literaturas nacionales. Observaciones sobre la problemática y propuestas para su estudio". En ROMERO LÓPEZ, DOLORES (ed.). *Naciones Literarias*. Barcelona, Anthropos, 2006.
- SIGUÁN, MIQUEL. *Bilingüismo y lenguas en contacto*. Madrid, Alianza, 2001.
- THOMSEN, MADSE ROSENDAHL. *Mapping World Literature: International Canonization and Transnational Literatures*. London, Continuum, 2008.
- TINIANOV, IURI. "Sobre la evolución literaria". En TZVETAN TODOROV (ed.). *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. México, Siglo XXI, 1997.
- TOPUZIAN, MARCELO. *Sujeto, autor y escritor en el eclipse de la teoría*. Tesis de doctorado. CD-ROM. Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras (Universidad de Buenos Aires), 2010.
- TOURY, GIDEON. *Descriptive Translation Studies - and beyond*. Amsterdam and Philadelphia, John Benjamins, 1995.
- UGARTE, MICHAEL. *Literatura española en el exilio. Un estudio comparativo*. Madrid, Siglo XXI, 1999.
- VOLOSHINOV, VALENTÍN N. "El discurso en la vida y el discurso en el arte (acerca de la poética sociológica)". En *Freudismo. Un bosquejo crítico*. Buenos Aires, Paidós, 1999.
- WALLERSTEIN, IMMANUEL. *El moderno sistema mundial*. Siglo XXI, Madrid, 1979.
- WOLF, MICHAELA Y ALEXANDRA FUKARI (eds.). *Constructing a Sociology of Translation*. Amsterdam and Philadelphia, John Benjamins, 2007.